

“LA AMBICIÓN: UNA ENFERMEDAD QUE DAÑA GRANDEMENTE AL CREYENTE”

Mateo 16:5 (LBLA) “Los discípulos, al pasar al otro lado, se habían olvidado de tomar panes. v:6 Y Jesús les dijo: Estad atentos y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos v:7 Y ellos discutían entre sí, diciendo: Lo dice porque no tomamos panes. v:8 Pero Jesús, dándose cuenta, dijo: Hombres de poca fe, ¿por qué discutís entre vosotros que no tenéis pan? v:9 ¿Todavía no entendéis ni recordáis los cinco panes de los cinco mil, y cuántas cestas recogisteis? v:10 ¿Ni los siete panes de los cuatro mil, y cuántas canastas recogisteis? v:11 ¿Cómo es que no entendéis que no os hablé de los panes? Pero guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos. v:12 Entonces entendieron que no les había dicho que se guardaran de la levadura de los panes, sino de la enseñanza de los fariseos y saduceos.”

La Escritura narra este pasaje donde acababan de suceder dos milagros relacionados a la multiplicación de los alimentos. En ambas ocasiones el Señor multiplicó los panes y los peces para unos cuantos miles de personas. Luego de esos eventos el Señor quiso darles una lección a sus discípulos, dicha lección deseo que ustedes también la reciban como de parte del Señor mismo.

LA ENFERMEDAD DE LA AMBICIÓN POR LO MATERIAL.

Cuando los discípulos escucharon este discurso del Señor, en el cual les habló que se guardaran de la levadura, ellos automáticamente relacionaron esas palabras con los milagros donde el Señor había multiplicado los alimentos. En realidad, en el contexto, no tenía nada que ver la levadura, con milagros, y con fariseos y saduceos. Sin embargo, ellos conectaron aquellas palabras con la falta del pan físico. El Señor quería darles una gran lección a los discípulos, sin embargo, previo a ello el Señor quiso sacarlos del impacto emocional que les habían causado los milagros que Él mismo había hecho. Aquellos milagros hicieron que ellos confundieran que todo lo del Señor tenía que ver con cosas materiales, por eso que en esta ocasión lo que el Señor les dijo, ellos pronto lo relacionaron con algo físico.

Hermanos, es un problema que nuestro corazón esté pegado a las cosas terrenales, porque tal condición causa que no entendamos bien lo que Dios quiere hablarnos. Esta era la situación en la que se encontraban los discípulos, ellos habían quedado tan impactados con los milagros que todo lo que el Señor les decía lo relacionaban con los milagros físicos del Señor. Cuando tenemos una mente enferma que piensa solo en el dinero, en crecer, etc. inevitablemente perdemos la luz del Señor.

Los mismos ministros, de hoy en día, han hecho que la Iglesia entre en oscuridad a raíz de hacer tanto énfasis en una prosperidad inclinada a lo terrenal. Al ver al Señor Jesús y al apóstol Pablo tratando las cosas naturales, nos damos cuenta cuán prácticos y sencillos fueron ellos para hablar de estas cosas.

El Señor Jesús acerca de esto dijo: **“Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas”.** (Mateo 6:25-32)

El apóstol Pablo dijo de manera más enfática: **“Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”.** (1 Timoteo 6:6-10)

Estos pasajes nos muestran que, lejos de motivarnos a buscar tal prosperidad terrenal, la sabiduría de Dios nos dice que busquemos el contentamiento en lo que tenemos, y no el enriquecimiento. No menos necesario es para nosotros aprender que lo más importante no es lo terrenal, sino en el orden de prioridades, las cosas más valiosas son las espirituales. Pablo dijo en una ocasión: **“Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáremos de vosotros lo material?”** (1 Corintios 9:11) Lo que Pablo quería decir es: ¿Qué es el dinero comparado con la palabra? ¿qué es el dinero comparado con la revelación? ¿qué es el dinero con la paz y todas las virtudes que Dios nos da?, realmente el patrimonio que Dios nos ha dado está por encima de cualquier cosa material, pues, nos dio las riquezas de Su gloria, que es Su propia persona. Dios se vertió en Cristo, Cristo en el Espíritu y el Espíritu en nosotros para darnos sabiduría, justificación, santificación y redención ¿Acaso todo esto es poca cosa? Lo que tenemos en Cristo no es digno de comparación con lo terrenal.

La Biblia nos muestra que los héroes de la fe pusieron sus ojos más allá de lo terrenal y por ello fueron aprobados por Dios, dice Hebreos 11:13 **“Todos éstos murieron en fe, sin haber recibido las promesas, pero habiéndolas visto y aceptado con gusto desde lejos, confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. v:14 Porque los que dicen tales cosas, claramente dan a entender que buscan una patria propia. v:15 Y si en verdad hubieran estado pensando en aquella patria de donde salieron, habrían tenido oportunidad de volver. v:16 Pero en realidad, anhelan una patria mejor, es decir, celestial. Por lo cual, Dios no se avergüenza de ser llamado Dios de ellos, pues les ha preparado una ciudad”.** Notemos cómo estos hombres no se dejaron llevar por la ambición de lo terrenal, sino que lograron entender que lo que Dios les había prometido estaba más allá de la vista de sus ojos, lograron ver que la patria que buscaban no era la terrenal sino la celestial. ¡Qué gloriosa visión la de éstos hombres!

En una ocasión un discípulo le dijo a Jesús: **“Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos”** (Mateo 8:21-22) A simple vista el pasaje pareciera que da a entender que aquel hombre estaba en la vena de su papá, y que Jesús quería que lo siguiera a pesar del dolor que estaba atravesando, sin embargo, no debe ser esa la interpretación. En realidad, no era que el papá de este hombre ya estaba muerto y que lo estaban velando, sino que el papá de aquel discípulo ya estaba bien anciano, ya casi iba a morir, y él sabía que como era de costumbre, su padre ya iba a repartir la herencia y quería estar allí para ese momento, para que otro no tomara lo que era suyo. Al final no era tanto el cariño por su padre, si no que quería asegurar su futuro y después seguir al Señor, estaba poniendo en prioridad las cosas de la tierra en lugar de seguir a Jesús. El Señor quería enseñarle a este hombre que hay cosas más elevadas que las de la tierra, y por eso le dijo aquellas palabras.

Muchas veces llegamos a pensar que la señal de estar bendecidos por Dios en esta vida es cuánto tenemos, pero si esa es nuestra teología, entonces Dios no nos ha dado nada a los creyentes, porque la mayoría de gente adinerada y los magnates de este mundo ni siquiera conocen al Señor. Yo no quiero ponerme en un plano fatalista y extremo de decir que ser pobre es la verdadera señal de caminar con Dios, porque tampoco es cierto. Lo que yo creo por La Biblia es que no podemos medir nuestra relación con Dios en base a lo material, ni a la pobreza, ni a la bonanza.

Los discípulos del Señor habían caído en tal posición de relacionar la palabra con cosas terrenales, y así como ellos, todo discípulo del Señor que entrega su alma a lo material, amando este mundo, también se enferma espiritualmente, y pierde la capacidad de entender bien la palabra. Yo recuerdo que hace años, estando bajo el ministerio del apóstol Ríos, hubo un éxodo de muchos ministros que se fueron tras la doctrina de la “prosperidad”. En una ocasión el hermano Otto llegó al funeral de alguien, y algunos de los pastores que lo habían abandonado se vieron en la obligación de irlo a saludar. El hermano los saludó y uno de los pastores quiso compartirle algo novedoso sobre la prosperidad, usando el relato cuando el Señor subió a Jerusalén montando un pollino. Él argumentaba que si comparáramos lo que el Señor hizo aquella vez, en un contexto actual, el Señor en este tiempo hubiera usado un carro nuevo, ya que el Señor usó un pollino que nunca había sido montado. El hermano Otto le dijo que tenía razón en parte, que el Señor usó un vehículo nuevo, sólo que había olvidado el detalle que era “prestado”; el pastor no halló qué decir, su ceguera y su ambición quedó al descubierto, estaba enfermo para entender bien la palabra. A conclusiones como éstas llegan los ministros que caen presos de la ambición.

Hermanos, nuestra mente, nuestra manera de pensar tiene que ser sacudida, debemos despertar del sueño de la ambición, Dios nunca nos ha de dejar desamparados, no debemos caer en el afán de lo material, el Señor sabrá sacarnos adelante si ponemos nuestros caminos delante de Él. No materialicemos las cosas de Dios, porque todo lo divino tiene un precio altísimo que no se puede comparar con las cosas de esta tierra.

LA ENFERMEDAD DE LA AMBICIÓN A LO MILAGROSO.

Ahora, hay algo más que me sorprende del pasaje que leímos al principio, es que los discípulos no solo conectaron el mensaje del Señor con el “pan”, que es una figura de lo material, de lo básico de la vida, sino que lo relacionaron con un “pan milagroso”, algo que tipifica lo sobrenatural. Esto nos hace ver que la ambición de los creyentes muchas veces va más allá de las cosas materiales. Los que no conocen a Dios centran toda su vida en el dinero, en lo material, en los bienes de este mundo, y con tal de alcanzarlo trabajan con gran afán. No obstante, los creyentes, los que ya conocen a Dios son igual de ambiciosos sólo que de una forma más camuflada, éstos enfocan sus ambiciones a las cosas milagrosas de Dios. A mi manera de ver, son peores los creyentes ambiciosos, que los incrédulos ambiciosos. En todo caso, los que se afanan trabajando, aunque son ambiciosos, inapropiadamente e inconscientemente cumplen el principio bíblico, que el que siembra abundantemente, segará abundantemente. Mientras que los creyentes son tan ambiciosos que quieren recibir abundantemente a la sombra de lo milagroso, es decir, quieren recibir sin trabajar.

No vivamos contabilizando todo el tiempo lo bueno que Dios nos da, más bien, la Biblia nos dice que demos gracias a Dios en todo, porque realmente lo que recibimos no lo obtenemos porque lo merezcamos, sino por las misericordias de Dios. No caigamos en la mezquindad de alabar al Señor sólo por lo que Él nos da, si no alabémoslo por lo que Él es. Dios mismo hace muchas cosas a favor nuestro, y sí, muchas de ellas milagrosas, pero que nuestro enfoque no sean las cosas que Él nos da, sino lo que Él es.

Hace unos años el Señor me dio una gran lección, me permitió comprar la última edición de los Volkswagen “escarabajo”, tuve la dicha de estrenar ese vehículo, nuevo de paquete. Me recuerdo que ni siquiera quise usarlo sin antes ponerle llantas y rines especiales. Ese carro me dejó tan lleno y satisfecho en mi alma, por lo que el Señor empezó a tratarme por ese lado. Recién lo había comprado, iba a salir a dar una vuelta en el vehículo, y sacándolo de mi casa, le di el primer golpe. Tanto fue mi disgusto por ese golpe que ya no lo usé, sino que mandé a repararlo. A la semana, el vehículo ya estaba listo, así que decidí usarlo nuevamente, y de nuevo, lo volví a golpear. Nuevamente, lo llevé al taller a que me lo repararan, y a los días, ya reparado lo volví a golpear una tercera vez. En esa ocasión el Señor me abrió los ojos, y entendí que a Él le pesaba que yo tuviera metido aquel vehículo en el corazón. Entendí que aquel vehículo estaba ocupando demasiado lugar en mi corazón, lo cual, había disgustado a Dios. De allí en adelante, aprendí a no poner mi corazón en las cosas que Dios mismo me da, porque eso no debe ser el vínculo de nuestra relación con Él. Hermanos, aprendamos a deleitarnos en Dios, en Su persona, en lo que Él es, porque un día las cosas materiales pueden faltar, y aún en esos momentos debemos deleitarnos en Él. Vivamos como aquel profeta que dijo: **“Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación”.** (Habacuc 3:17-18) Tengamos cuidado de la prosperidad falaz y engañosa, porque muchos se desvían hacia eso en sus corazones, olvidándose de la persona del Señor.

En el pasaje que leímos al principio, el Señor les dice a los discípulos: **“... Hombres de poca fe”**, ése era el problema de los discípulos, su poca fe. Luego

les dijo: **“¿por qué discutís entre vosotros que no tenéis pan? ¿Todavía no entendéis ni recordáis los cinco panes de los cinco mil, y cuántas cestas recogisteis? ¿Ni los siete panes de los cuatro mil, y cuántas canastas recogisteis? ¿Cómo es que no entendéis que no os hablé de los panes?...”** El Señor no les estaba hablando de cosas materiales, en ningún momento Él estaba orientando sus palabras hacia lo material. Él quería darles otra lección espiritual, pero la ambición los había cegado y no entendían la palabra.

Busquemos sanidad en nuestro corazón en cuanto a la ambición por lo material, y las cosas milagrosas. Valoremos lo eterno, valoremos la palabra del Señor, que Su palabra no caiga en una mente embotada, cargada de lo terrenal. Busquemos la sabiduría revelada que tenía el apóstol Pablo, ante lo cual él pudo decir: **¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?** (Romanos 8:32-33) ¡Aleluya!, lo más grande que poseemos en esta vida es a nuestro Señor Jesucristo, después de Él, todo en esta tierra son sólo “cosas”.